



# Ciencia, cyborgs y mujeres : la reivindicación de la naturaleza por Donna Haraway. Madrid : Cátedra-Feminismos, 1995

Autor:

Amado, Ana

Revista

Mora

1998, N°4, pp. 138-140



Reseña



HARAWAY, Donna.

**Ciencia, cyborgs y mujeres.**

**La reivindicación de la naturaleza.** Madrid, Cátedra-Feminismos, 1995, 434 pags.

La generación de híbridos que se emprendió en el olimpo de la ciencia moderna pasó de su campo específico a protagonizar de modo casi excluyente los relatos (los imaginarios) del fin de siglo. No solo porque las fusiones del neo materialismo biológico disputan la imaginación con que los dioses antiguos gestaron las criaturas mixtas de los mitos, sino porque sus resultados están alterando los cuerpos y las verdades heredadas sobre las identidades sexuales.

Hasta hace poco, el tema de la fusión de cuerpos -humanos o animales- y máquinas alimentaba la ciencia ficción y el terror, géneros que en el cine y la literatura reelaboraron los mitos en este siglo. En las últimas décadas, el acoplamiento de organismos y máquinas es una realidad tan aceptada y extendida que terminó por borrar las distinciones entre las experiencias de los laboratorios científicos y las que realizan en los centros hollywoodenses de efectos especiales. Las metamorfosis sucesivas de Madonna o Michael Jackson, los desgraciados replicantes de

Blade Runner o los ratones bio elaborados en Dupont para investigar el cáncer, se perciben de modo indistinto como operaciones miméticas, escénicas, puras virtualidades, imágenes consecutivas y abstractas que no encarnan identidades, sexo o género fijo dentro de un juego de representación interminable.

La sucesión de "prótesis" (en cuerpos, escrituras, sonidos, imágenes) junto a la dependencia o adición a las máquinas dieron un vuelco rotundo a las subjetividades y la escurridiza noción de sujeto -ya cuestionada, al menos en su versión occidental de sujeto-entero- recibió su golpe de gracia con la avanzada tecnológica. Estas cuestiones complejas forman parte de ese núcleo duro de la identidad, acerca de la cual giran gran parte de las preocupaciones teóricas del feminismo en las últimas décadas. En principio, con el objetivo de un sentido existencial para el "yo" (¿mujer?, ¿mujeres?, ¿cuáles y a partir de qué?). Y también como modo de afirmar la legitimidad política de la fórmula "nosotras" en cuanto a agentes de cambio, lo cual generó una serie de propuestas y narrativas feministas que recurren a diversos adjetivos para marcar sus distintas líneas teóricas: radicales, socialistas, de la igualdad, de la diferencia, etc. Los

interrogantes siguen siendo más pesados que la certeza: ¿desde qué lugar repensar las identidades? ¿Qué lugar darle al cuerpo en esta cuestión? Si los cuerpos devinieron a su vez tan inseguros y mutables en la cultura de la tecnociencia, ¿cómo articularlos con alguna noción fija de identidad?

La bióloga norteamericana Donna Haraway, aporta a estas discusiones la figura del cyborg (cybernetic organism-organismo cibernético, "híbrido de máquina y organismo") a modo de metáfora para repensar las nuevas subjetividades y para imaginar nuevas políticas desde su militancia en el feminismo socialista. De su larga experiencia en el campo de la ciencia rescata la idea del monstruo como referente mítico "de fronteras transgredidas, de fusiones poderosas y de posibilidades peligrosas", (es decir, de las realidades instaladas por la cultura de la tecnociencia) y lo erige en signo de la necesidad de no cerrarse ante lo irreversible, sino "explorar(lo) como parte de un necesario trabajo político".

En su "Manifiesto para cyborgs", el capítulo del libro que mejor resume sus propuestas, Haraway despliega su teoría como una ficción apasionada, sin reconocer fronteras entre la reflexión especulativa, la

estética y la política. ("Habitamos estas narraciones y ellas nos habitan"). En principio, pretende interpelar las nociones tradicionales del feminismo "tan de clase media blanca" traducidas en el sistema sexo/género, cuyo supuesto ombliguismo excluyó cuestiones como la raza y la clase social entre otras determinaciones que acompañan lo femenino y lo masculino. Esa estrechez de miras, supone, llevó al movimiento a un estancamiento político gracias a la "caricatura de las tendencias apropiadoras, incorporizantes y totalizadoras de las teorías occidentales de la acción en busca de la identidad". En la bolsa de las "teorías occidentales" entran a la par tanto el marxismo (teorías de la reproducción enraizada en el trabajo) como el/los feminismos (reproducción basada en el sexo). Sus respectivas versiones resultarían reductivas o más bien inconsistentes porque no alcanzan a reaccionar e incorporar al Otro -negros/as, chicanos/as, indios/as, latinos/as, etc- en un momento en el que las subjetividades se debaten en la fragmentación y el desenraizamiento. De paso, reacciona contra aquellas formas de teoría feminista que castiga toda ciencia y sus avances como racionalista, masculinista y herramienta del enemigo.

---

Haraway, consciente y orgullosa de su terreno, propone en cambio asumir e investigar los esquemas imaginativos que las nuevas ciencias nos ofrecen para revisar el yo femenino. Antes que demonizar la tecnología, entonces, habría que enfrentar a cada paso el laberinto de dominaciones, hablar su idioma, deconstruir sus nuevos mitos, aprender a lidiar con los elementos radicalmente heterogéneos que la conforman. De paso acude al esquema cibernético para diagramar cuerpos e identidades dentro de las nuevas topologías.

El cuerpo grotesco parido por la tecnología es precisamente la imagen provocadora con la que Haraway expresa su adhesión a los postulados de la permeabilidad o indeterminación genérica. Las historias que extrae de los laboratorios científicos son relatos aterradores y a la vez fascinantes sobre las operaciones de borramiento de límites entre lo humano y lo no humano, entre lo físico y lo no físico, entre la ciencia ficción y la realidad social. Esa metamorfosis permanente, el pasaje natural de un estado al otro, marcaría una especie de guión previo por el cual los cuerpos, “mapas de poder e identidad”, ya no tienen ni buscan una identidad unitaria: “uno es poco y dos es una posibili-

dad (...) los monstruos cyborg definen posibilidades políticas y límites bastante diferentes de los propuestos por la ficción mundana del Hombre y de la Mujer.”

La permeabilidad de fronteras en el cuerpo personal (y en el político) abona hoy una serie de teorías que como la de Haraway, no se anuncian como deconstructivas pero lo parecen cuando toman a la realidad como un texto flexible y elástico, en la que los poderes concretos son sustituidos por simulacros. Los cuerpos cyborguescos, capaces de integrar lo asombrosamente heterogéneo, pueden equipararse por ejemplo con el elogio del travestismo como performance ideal con la que Butler hace presente la inestabilidad de las identidades. Concretamente, Haraway se inspira en el rechazo de Judith Butler a pensar en “un foco genérico organizativo interno”, para concluir que “un concepto de yo interior, coherente, logrado (cultural) o innato (biológico), es una ficción reguladora, innecesaria e inhibitoria”. Sin marcas estables en la edad tecnológica de cambios sexuales y flotación hormonal, los cuerpos y no sólo las identidades y virtuales como los textos y superficies contruidos en la pantallas informáticas. Hay una me-

tafísica implícita en estos modelos o paradigmas topológicos: lo corporal sin fronteras, cuyas formas no son fijas sino afectadas por una metástasis en continuo flujo, en hechos potenciales y evolucionantes. (¿Esto es posmoderno o una vuelta a la tradición alternativa de pensar la identidad basada en la fluidez?)

Sin duda resultan metafóricas atractivas para dar cuenta hoy de los parches, fragmentos y representaciones que amasan lo que se entiende por femenino o masculino. Pero tomadas al pie de la letra -y sobre todo de la representación- termina por invadir y relativizar los fundamentos de cualquier alternativa.

¿Exceso de optimismo político o aceptación cínica? . “Ni cinismo ni falta de fe”, sentencia Haraway, aunque sus intuiciones a menudo deslumbrantes no terminen de despejar esa disyuntiva. “Las posibilidades que tenemos para nuestra reconstitución incluyen el sueño utópico de un mundo monstruoso sin géneros”: la retórica manierista de Haraway celebra calurosamente los cuerpos post edípicos y sexualmente intransitivos de la tecnocultura. En esta alianza (quizás temporaria) con cyborgs exhibe cierto afán posmoderno en su insistencia de considerar los híbridos máquina/humano -y los

---

clones y células replicadas desde interpretaciones de lo corporal mismo. Aunque parece percibir que las mujeres no somos clones. Ni nos reproducimos como las amebas. Si dentro de la imaginería del cyborg, por ejemplo, ella pone a disposición del feminismo el modelo de funcionamiento reproductor de las salamandras -casi un exabrupto surrealista-, organismos que están continuamente restaurándose por partes, atina a reconocer que la gente, “a la vez material y opaca, es menos fluida y más sufriente”. Un reconocimiento módico pero significativo de los límites -densos, terrenales y por lo tanto resistentes- que podrían establecerse a un poder que ella misma describe tan etéreo como abarcador.

Ana Amado